

# REVISTA PEDAGÓGICA

Suplemento pedagógico a EL MAGISTERIO ESPAÑOL

## ARGENTINA

*Las fiestas de fin de curso.*—La diferencia de hemisferios hace que en la Argentina entren ahora en el solsticio de estío, y que vayan, por lo tanto, a empezar las grandes vacaciones de verano.

Con tal motivo se celebran allí «fiestas de fin de curso», algo aparatosas, a juzgar por lo que leemos en *Tribuna del Magisterio*, de Buenos Aires, y que transcribimos a continuación:

«Por las extralimitaciones que a menudo se incurre con motivo de las fiestas de clausura del curso escolar, por la seriedad que deben revestir esos actos y su preparación previa, por los sinsabores que ellos cuestan a Maestros y alumnos en muchas Escuelas, creemos conveniente decir pocas palabras acerca de este asunto, para desde hoy, y con eficacia, llamar la atención de las autoridades competentes sobre el asunto.

No sólo es menester que se recuerde a las direcciones de las Escuelas la prohibición vigente respecto al uso de trajes especiales, sino que es necesario que se las advierta cuán impropio y perjudicial resulta preparar programas extensos y «difíciles», cuyo cumplimiento exige ensayos frecuentes y largos que interrumpen y desvirtúan la obra común y normal de las aulas. Pocos números y sencillos; que bien puede confeccionarse un discreto programa utilizando los que se haya enseñado en «lenguaje» durante el año, tanto más si no se olvida que la fiesta es para los niños, no para las familias o miembros del Consejo escolar.

Más moral sería suprimir por completo la fiesta de fin de año. Festejar la clausura de las clases equivale a celebrar el ocio y la iniciación de la holganza. Mejor sería, sin duda alguna, que se festejara la iniciación de la tarea anual, clausurándose las clases por medio de una simple y sentida despedida de cada Maestro a sus alumnos.»

## ITALIA

*Mussolini, Maestro de Escuela.*—Mussolini ha hecho un breve viaje a Reggio Emilia con objeto de inaugurar un ferrocarril de interés local y contemplar nuevamente los lugares en los que ha pasado algunos años de su juventud.

Mussolini fué, en efecto, Maestro de Escuela en el poblado de Pievi de Gualtieri, de la región emiliana, cuando el actual jefe del Gobierno tenía diez y nueve años, hace veinticuatro. El «duce» se ha complacido en evocar su breve paso por el Magisterio. Ganaba en aquellos tiempos de Maestro 56 libras mensuales. Todas las mañanas tenía que recorrer cuatro kilómetros a pie para ir desde su casa a la Escuela, y su deseo era que los alumnos le esperasen a la puerta del colegio formados en filas de a cuatro y cantando el himno «di Mameli».

Mussolini ha visitado la vieja Escuela de sus recuerdos, donde ha encontrado a una Maestra, doña Amilcara Orlandi, que fué en aquella época compañera de profesorado del «duce». Doña Amilcara tiene ahora sesenta y ocho años, y la gente del pueblo asegura que el joven Mussolini y la Maestra no hicieron nunca muy buenas migas. Doña Amilcara se ha apresurado a desvanecer este absurdo rumor, afirmando que el joven Mussolini era un hombre muy serio, especialmente con las mujeres.

En la visita a la Escuela hubo detalles muy sentimentales que harían interminable esta información. Mussolini leyó el informe que envió siendo Maestro al Inspector de Primera enseñanza sobre el resultado del año escolar. «No puedo decir nada—decía el informe—sobre el estado físico e intelectual de los alumnos, por la razón sencillísima de que nada sé». Quienes ahora han leído este documento en presencia del «duce» reconocen que el informe no está escrito en ese estilo pesadamente burocrático que ca-

racteriza tal clase de literatura, y han creído descubrir en él la huella inicial del genio.

La última lección del Maestro Mussolini consistió en dictar una página titulada «Perseverando, se llega». Todos coincidieron en proclamar el valor simbólico de ese lema.



## PUERTO RICO

*Estado de la Instrucción pública.*—Según el Departamento de Instrucción pública de Puerto Rico, en el año 1925-26 actuaron en la isla 4.478 Maestros, de los cuales 184 eran del continente y 4.294 nativos, subdividiéndose así: 1.580 graduados, 1.919 rurales, 223 de inglés, 209 de Escuelas Superiores, 15 Maestras de costura, 10 Maestros de atletismo, 7 de agricultura, 7 de materias técnicas y 463 de otras materias.

El Gobierno insular pagó los haberes de 4.351 Maestros, y las municipalidades, de 127. La matrícula ascendió a 213.641 alumnos, de los que 122.269 pertenecen a las Escuelas rurales, 82.910 a las Escuelas graduadas y elementales, 7.962 a las Escuelas Superiores y 500 a las Escuelas de costura; además, las Escuelas privadas tuvieron una matrícula de 6.369 alumnos.

Se utilizaron 2.281 edificios escolares, de los cuales son del pueblo de Puerto Rico 950. El año pasado se construyeron 25 Escuelas graduadas nuevas en la zona urbana y 120 en la rural, hallándose en construcción otros 53 edificios. El costo total de la Instrucción pública en Puerto Rico sumó 5.930.988 dólares, habiendo pagado 4.070.414 el Gobierno insular y 1.860.574 los municipios, y correspondiendo a salarios de los Maestros y del Cuerpo de Inspección 3.783.578.

Al terminar el año fiscal había en la isla 29 bibliotecas en Escuelas secundarias; 212 en Escuelas elementales graduadas y 265 en las Escuelas rurales. El número de libros alcanza a 34.261, de los cuales, en el año 1925-26, se compraron 9.325 con un costo total de 4.347 dólares.

*Para el mantenimiento de los exámenes anuales.*—Una encuesta oficial, organizada en el cantón de Vaud, ha permitido recoger, sobre esta debatida cuestión, la opinión de los pobres y de las personas que se interesan por el porvenir de los niños. Esta opinión, en gran mayoría, favorable al mantenimiento de los exámenes anuales, que se consideran como un verdadero y precioso estímulo al trabajo.

Suprimirlos, se dice, sería hacer que desapareciera el contacto necesario entre la Escuela y la población representada por las autoridades.

Ciertos pedagogos protestan contra este juicio de los profanos.

«Doblemos—dicen—el número de Inspectores, que serán siempre profesionales; pero cerremos la puerta a las gentes que no entienden nada. Porque es todo el problema de la educación nacional el que se pone así.»

Si hay padres indignos, hay también Maestros que necesitan ser estimulados, animados y, algunas veces, reprendidos y censurados. Para que se asigne como objeto supremo de la Escuela la formación de individualidades morales, esta obra no puede ser el monopolio de los Maestros.

La familia y la Escuela deben trabajar en común, en lugar de ignorarse recíprocamente. Los exámenes anuales son, prácticamente, una de las ocasiones para establecer este contacto; es preciso, pues, mantenerlos, mientras no se encuentre para reemplazarlos otra cosa equivalente.

Los alumnos inteligentes y laboriosos, consultados también, piden que no se suprima la prueba anual. El presidente de una comisión escolar evoca las impresiones y las emociones que guarda de los exámenes sufridos al cabo de sus quince años de estudios, y afirma que estos recuerdos son infinitamente más preciosos y aprovechables que dudosos: «El esfuerzo cumplido, el objeto tenazmente perseguido, las dificultades vencidas, la sana emulación, todo esto, dice, tiene un valor educativo que sería falso negar».

RECITACIONES ESCOLARES

por DON EZEQUIEL SOLANA

EJEMPLAR, 1,50 PESETAS

# EDUCACION DE SORDOMUDOS

## VI

### Paréntesis obligado

Una de las «Páginas pedagógicas» de un diario que pretende ser popular, me obligó, cuando llegábamos a la exposición de la metodología de una educación de sordomudos verdaderamente científica, a un paréntesis breve, que, en realidad, no era sino una vuelta a lo anterior: lo que los músicos llaman, si no recuerdo mal y salvo diferencias naturales, un *da capo*. Alguien ha llevado a esas páginas un artículo de un profesor dinamarcés (?), Anders Hausen, que sin duda le ha parecido aplastante para la tesis que vengo sosteniendo, aunque es precisamente lo contrario—¡peligros de no saber leer más que la letra!—, y me pone en el caso de insistir, para que las cosas queden definitivamente claras. Ben-vente suele decir que es necesario decir las cosas «dos veces para que se entere el público, y tres para que se entere el crítico»: ni con tres basta para que se enteren los «especialistas». Menos mal que Dios me ha dado paciencia, y si mis lectores han recibido, como espero, igual merced, podremos seguir repitiendo, mientras sea necesario; lo menos que podemos hacer, en gratitud al favor divino, es realizar la obra de misericordia que manda «enseñar al que no sabe».

Hausen, por ejemplo, sabe algunas cosas, pero ignora otras, y de ahí su pena al creer que en España hay quien puede dudar del valor intrínseco del método oral, y de ahí también sus afirmaciones rotundas y categóricas en pro de ese método, que, por cierto, conmigo y contra los que llaman aún «Método belga» y «Método Decroly» a una modalidad que estaba ya en Bonet y Ponce de León, considera debido a la genialidad de «los grandes pedagogos españoles, que tanto han merecido de la Humanidad».

Ignoro si Hausen asistió al Congreso de Maestros de Sordomudos, celebrado hace poco más de un año en Londres, y si, de asistir, se tomó el trabajo de subir a aquel tercero o cuarto piso, donde estaba la exposición aneja al Congreso. Si subió, por ver allí el *facsimil* de la obra de Bonet a que aludí en artículos anteriores, y en ella, en magníficas láminas perfectamente grabadas,

los signos dactilares. Bonet, pues, y lo mismo podría decir de Ponce de León, no empleaba el método oral puro, tal como le entienden los que no entienden de estas cosas, y quizá porque así pueden ser calificados de geniales, y sobre todo, porque así fué, lograron hacer hablar a los mudos.

Hausen tiene, según dice, la fortuna de llevar treinta y cinco años trabajando en la educación de los sordomudos, utilizando el método oral. En ese tiempo ha visitado las mejores Escuelas de la especialidad, y, después de toda esa labor, llega a la conclusión que copio textualmente y dice: «Puedo afirmar que el método oral es el que da resultados más satisfactorios en todas partes cuando los alumnos no son mentalmente anormales, cuando su instrucción se ha comenzado en edad apropiada (seis u ocho años), cuando su número no excede de diez o doce por clase, y, sobre todo, cuando están encomendados a Maestros celosos y cultos que han realizado una sólida preparación profesional».

Dejando aparte las últimas condiciones requeridas por Hausen para que el método oral sea útil, porque comentarlas nos llevaría demasiado lejos y a campos que EL MAGISTERIO ESPAÑOL tiene la elegancia de no cultivar, bastará con examinar la primera (en que también coincido con Hausen, según puede verse en mi comunicación sobre el nivel mental de los sordomudos, al Congreso de Pediatría de San Sebastián) para demostrar que el método oral—y menos aún el método oral puro—no puede tener la eficacia que Hausen y los «puristas» a *outrance* le atribuyen.

«Cuando los alumnos no son mentalmente anormales...», dice Hausen. ¿Pero es que, en regla general, no lo son siempre?

No quiero argüir con datos míos, que están en el trabajo que acabo de mencionar, y que, por suerte, coinciden con los de investigaciones semejantes hechas en otros países, y singularmente en los Estados Unidos; pero son muy pertinentes y oportunos los resultados de esas investigaciones, de los cuales entresaco los siguientes:

Mac Millan y Bruner, aplicando en 1906, por primera vez, reactivos mentales al estudio de los sordomudos, encontraron que la inferioridad mental de esos sujetos, compa-

rados con los normales, en todas las funciones mentales era patente, y que podía calcularse que tenían un retardo mental de tres o cuatro años (1).

Pintner y Paterson, aplicando en 1915 la revisión de Goddard de la escala de Binet y Simon, encontraron un retardo mental en los sordomudos de cuatro años y medio; pero, considerando que aquellos reactivos no eran apropiados para sordomudos, emprendieron una nueva investigación; estudiaron mil casos, y dedujeron un retardo mental de tres años, con muy pocos casos, sólo 10 por 100, en los sordomudos que pasaran de los promedios de Pyle para los normales (2).

Reame, en 1921, con reactivos más amplios, también sin intervención del lenguaje, encontró un nivel mental inferior en dos años al de los normales, y, excluyendo a los sordomudos más pequeños, una inferioridad mental de dos años y medio, por lo menos (3).

El mismo Reamer, en una primera inspección de veintiséis Escuelas de sordos, con 2.172 alumnos, encontró coeficientes mentales medios de 37 y 63, es decir, comprendidos entre el idiotismo y la debilidad mental profunda (Kullman), y, repasando los alumnos de Escuelas superiores, que llegan a ellas seleccionados, sólo un 22,2 por 100 de sujetos normales.

La inferioridad mental, que, según Hausen, hace ineficaz el método oral, está, pues, suficientemente demostrada, y con ella, consecutivamente, su ineficacia misma.

No dándose, efectivamente, la primera condición requerida por Hausen como indispensable para la eficacia del método oral, claro está que (aun sin demostrar que tampoco suelen darse las otras) podemos afirmar nuevamente, y esta vez trayendo en nuestro apoyo la autoridad del mismo Hausen, con su treinta y cinco años de prácticas y sus repetidos viajes, la ineficacia del método oral.

Aquí de Narciso Serra:

Camprodón, me has dado un palo  
con ese discurso ameno:  
Yo te traje de hombre bueno,  
y me has salido hombre malo.

Pero Hausen, que indudablemente un

hombre sincero, dice aún más, pensando en aquella investigación tan concluyente—que luego mienta—hecha por Alfredo Binet, de la esterilidad del método oral, y pretendiendo contestar a ella dice lo siguiente:

«Es evidente que la pronunciación de los sordomudos de nacimiento, cuando no han sido bien instruidos en la articulación, no es siempre comprensible para las personas que no están habituadas a ella; pero felizmente ocurre lo contrario con los padres y miembros de la familia, que los oyen hablar habitualmente.

»Cuando, salidos de la Escuela, van los sordos a los talleres, los obreros, y aun los Maestros, no se toman la molestia de darles órdenes oralmente, y emplean ya la mímica o la escritura, lo que les perjudica en gran manera. Esto mismo suele ocurrirles con las demás personas que les rodean o conviven en su medio social. Si, al cabo de algún tiempo, hubiese necesidad de incluirlos en las estadísticas, se clasificaría a bastantes de ellos, injustamente, entre los fracasados del método oral.»

Es exactamente lo que Binet dijo; en el caso más favorable—y esto cumpliéndose todas las condiciones antes apuntadas—, los mudos parlantes, salvo excepciones rarísimas, sólo consiguen ser entendidos por «los padres y miembros de la familia que los oyen hablar habitualmente», es decir, por aquellos que en cierto modo adivinan lo que el mudo quiere decir, y en la vida social corriente, en el taller, los obreros y los maestros los hablan por mímica o por escrito. ¿Lo hacen por hostilidad al método oral puro? ¿Lo hacen por mayor facilidad del medio de comunicación? Evidentemente, porque empleando el lenguaje oral no logran hacerse entender; no puede darse prueba más explícita de que, para la vida social, esa forma de lenguaje, tal como los mudos, en general, casi en totalidad, pueden adquirir, no tiene la menor eficacia.

¶ Pero Hausen, contestando ya más directamente a Binet, añade:

«No quiero entrar en la cuestión del valor de las investigaciones hechas en los sordomudos franceses por el eminente hombre de ciencia Binet; pero si los resultados orales de cierta Escuela fueron deficientes, no puede afirmarse por ello que estos casos lamentables fuesen debidos a la falta de valor intrínseco del método oral, sino a otros factores que están en la conciencia de los que tenemos antecedentes de estas cosas. También los sabios se equivocan.»

(1) Mac Millan (D. P.), y Bruner (J. G.): *Experimental Studies of Deaf Children*. 1906.

(2) Pintner y Paterson: *A class test with Deaf Children*. J. of Ed. Pryel. Vol. VI, pp. 591-600.

(3) Reamer (J. C.): *Mental and Educational Measurements of the Deaf*. Pryel. Monog. n.º 132.

No necesita el párrafo que antecede muy amplio comentario; las conclusiones de Binet están, ya lo indiqué antes, en los dos párrafos de Hausen que copiados quedan, y, por tanto, frente a una afirmación con hechos en su apoyo, de nada vale otra del mismo autor puramente teórica. Sobre que la investigación de Binet no se refirió tampoco a una sola Escuela, sino a dos distintas y aun, en cierto modo, antagónicas: la de la rue de St. Jacques, de París, y la de Asnières, y, por añadidura, Binet invitó estérilmente a los Maestros de aquellas Escuelas a nuevas investigaciones, que ellos eludieron, quizá porque sabían que sus resultados tampoco habían de serles favorables.

El párrafo siguiente del artículo de Hausen no requiere comentario: es una afirmación contradictoria, además, por los anteriores, pero, sobre todo, sin hechos en su apoyo.

En cambio, sí los merece el que va a continuación:

«Quisiera saber qué pedagogo «eminente» de sordomudos se atrevería hoy a proponer la sustitución del oralismo por la dactilología.»

Supongamos que ningún pedagogo «eminente» hubiese hecho semejante afirmación, y preguntamos: ¿Es único e incontrovertible el argumento de autoridad?

Proponer la sustitución del método oral por la dactilología sería un absurdo si los mudos—y Hausen mismo nos ha demostrado que no—pudieran, en general, hablar oralmente; pero deja de serlo cuando no hay modo de conseguir que hablen de ese modo. Para mí hay uno preferible, que no es el lenguaje oral ni el dactilar, sino el escrito, el que utilizó Ponce de León y el que hemos resucitado simultáneamente Decroly y sus discípulos en Bélgica y yo y los míos en Madrid.

Pero el lenguaje dactilar tiene otra misión, que es la preferentemente afirmada por mí, que tiene en su apoyo la autoridad, si no de los pedagogos—lo que sería discutible—, la de los fisiólogos. Demoor, también belga, profesor de Fisiología en la Universidad de Bruselas y quizá maestro de Decroly, quien, aun no siéndolo, no negaría su parentesco espiritual con él, habla muy claro del poder

psicogénico del movimiento. Los partidarios de la teoría, muy discutida ya, de las localizaciones cerebrales del lenguaje, saben la vecindad de los centros motores de los dedos y de los centros de articulación, y saben también lo que en Fisiología y en Patología significan las vecindades, y los partidarios de la teoría, más moderna, de Marie ofrecen también, a quien sabe leerlos, argumentos favorables al empleo de la dactilología, y si hacen falta, a todo trance, opiniones de pedagogos, y no se tiene en cuenta que el paso de la palabra dicha con los dedos al de la palabra oral se hace ya dentro del terreno verbal, y que lo difícil en educación del lenguaje—incluso a sordomudos y ciegos—es llegar a ese período, bastará decir que todos, absolutamente todos los pedagogos eminentes, y aun de segunda y tercera fila, con tal de que sean pedagogos, están contestes en afirmar que deben ser utilizados simultáneamente todos los caminos sensoriales que sea posible para llegar a la actividad intelectual del educando. ¿Hay alguna razón científica para negar que el camino del sentido muscular, el más educativo de todos, según Van Biercliet, ha de ser útil en la educación de los sordomudos?

No puedo ya, sin abusar de la paciencia de mis lectores, seguir comentando con igual minucia el resto del artículo de Anders Hausen. En ellos da la cifra de 80 por 100 de alumnos que, después de ser educados en Escuelas de sordomudos, siguen empleando el lenguaje oral; pero esa cifra corresponde a alumnos previamente seleccionados y enviados a Escuelas especiales para cada uno de los grupos de inteligencia superior y de inteligencia media, es decir, según los datos que quedan más atrás, un número mínimo de sordomudos excepcionales.

Frente a todos estos datos, de procedencia tan distinta y coincidentes con los de mi investigación ya citada, nada valen las afirmaciones optimistas, vengan de quien vinieren.

Después del artículo de Anders Hausen, pues, podemos seguir donde estábamos y continuar nuestro camino en busca de un método eficaz de educación de sordomudos.

A. ANSELMO GONZALEZ.



# LO QUE LAS HORAS DEJAN

«La Escuela debe ser la sala de lectura de todo el pueblo, y el Maestro el lector inteligente que lee y explica». Eso decía yo en la sesión de clausura de la Asamblea celebrada por la Confederación Nacional de Maestros. Y lo decía refiriéndome, sobre todo, a la Escuela rural, que es, sin duda, la célula inicial, el peldaño primero, sin el cual el ritmo biológico de la patria no puede acelerarse. Mis palabras salían derechas buscando aquellos rincones escondidos, aquellos trozos lejanos que son mi eterna y viva preocupación.

«El anhelo del gobernante se queda ahora entre las ondas inevitables de la distancia», dije en aquella sesión. Y quería insistir. Creo que nada ha de hacer el buen gobernante mientras no consiga que la fuerte pulsación de su mano, de su pensamiento y de su ideal lleguen íntegros a todas las vidas, por apartadas, por distantes que estén. Por eso mi sueño de transformar la clase de adultos en clase de lectura explicada, comentada, dialogada. Yo imagino la Escuela aldeana como el gran taller de la vida nacional. Todos los días, al caer la tarde, veo con el deseo entrar en ella, entrar en el aula santa, las gentes maduras de la aldea. Veo avanzar al Maestro. Le oigo leer periódicos y libros. Le oigo hablar. Oigo hablar a todos... La Escuela es entonces la fragua insuperable de la ciudadanía. El Maestro puede llamarse entonces todo lo que debe llamarse: sembrador, sacerdote, conductor. La Escuela, además—juntando a todos, entrándolos en el ritmo universal, enseñándoles el sentimiento colectivo de tantas gentes lejanas—, ha hecho lo más grande que puede hacer. Ha hecho sementera de solidaridad social. Y en esa solidaridad—comunidad de sentimientos y de ideales—es donde han de nutrirse las nuevas raíces de esa patria infinita y gloriosa que todos soñamos y por la que cada uno desde su creencia decimos nuestra más pura y más encendida oración.

\* \* \*

He advertido cierta prisa reciente por enseñar a leer a los adultos. Aquellos cuarenta alumnos que antes admitíamos se han aumentado hasta ochenta, hasta cien acaso. Gentes meritorias de los pueblos se han ofrecido, y la Escuela ha podido aumentar

su clientela nocturna. Ayudan al Maestro a su tarea, y todo ello, cuando se hace con orden y bajo la autoridad y la dirección única del Maestro, merece sin regateo aplausos y felicitaciones. ¿Pero es que el problema español puede resolverse simplemente enseñando a las gentes a leer?

Analfabetismo. Es curioso en general todo lo que afecta a estadísticas. Cuando los hombres quieren medir con números rigurosos estados y procesos del espíritu y del pensamiento, su pobre aritmética fracasa casi siempre. Los números sólo saben un idioma torpe. Por eso, cuando quieren medir con matemática toda la espantosa complejidad que vive debajo de esa palabra que se llama analfabetismo, las estadísticas son totalmente pueriles y engañosas. Nos dicen: hay tantos españoles que sí saben leer; hay tantos que no saben leer. Pero no nos dicen que justamente toda la desventura de esta amada España arranca de la horrible pereza de esos millones de españoles que sabiendo leer no leen.

¿De qué vale que no figuren en la lista negra todas esas gentes que jamás toman en sus manos un libro, una revista, un periódico? En mi caminar por el mapa rural de España he aprendido que sólo el cinco por ciento de aquellas gentes recibe periódicos y revistas. Y el periódico, no lo olvidemos, es el único instrumento, el único vehículo que les lleva palpitación colectiva, nacional y universal. Este espectáculo desolador de las gentes que saben leer y no leen, entra a veces en hombres que tuvieron una buena formación inicial. He encontrado a gentes universitarias que no tenían en su despacho ni un solo libro... El moho de la ignorancia—la ignorancia se desdobra en agresividad, en individualismo, en intolerancia, en miopía—anida por igual en los analfabetos que en los que saben leer. El espíritu quiere una labor seguida. Quien deja el arado de la lectura se vuelve auténticamente analfabeto. Aunque en su despacho sin biblioteca haya títulos y diplomas de mérito.

Y ante el analfabetismo de las listas negras, y ante la pereza mental de las gentes que saben leer y no leen, creo que no hay más solución eficaz que leer por ellos. No

hay más que congregarlos en nuestras Escuelas y que oigan allí la lectura que los Maestros hagan. Están rotos los engranajes, los hilos que pueden juntarnos a todos en una gran familia. Las aldeas, los pueblos, las regiones, son islas independientes y desconocidas. La lectura de libros, de revistas y de periódicos es el hilo invisible que nos enseña universalidad y sentimiento colectivo. Hace falta, pues, llevar a todos la inquietud y la enseñanza que da una lectura...

Hay que buscar y dar la lectura en nuestras Escuelas con propósito de acercar a las gentes rurales al torrente sentimental de la colectividad. Ese regionalismo desenfrenado de algunos—cuando el regionalismo es soberbia y es pedantería—no es más que incultura, no es más que miopía aldeana, falta de elemental compenetración, falta de sintonización y de armonía que nace en el auténtico analfabetismo nuestro. El analfabetismo, que ahonda más el individualismo racial de cada español y separa más la anatomía dispersa de cada pueblo y de cada región. Eso que Ortega Gasset llama «compartimientos estancos» en su libro insuperable. *España invertebrada*, no podrá borrarse mientras no salga el milagro de la Escuela rural: a la noche, todos congregados, leyendo en alta voz el Maestro la noticia aparentemente ligera de los periódicos, el artículo de fondo, la nota oficiosa del Gobierno, la orientación práctica de una revista agrícola o industrial, la biografía de nuestros grandes hombres, algo de derecho, algo de política y de historia. No podrán borrarse los «compartimientos estancos», repito, mientras la Escuela no oriente y unifique. Creo más en esa lectura hecha para las gentes maduras de la aldea que un millar de libros repartidos allí mismo y que en cien conferencias seguidas que pudiéramos darles.

De las dos horas que tenemos para clase de adultos, debiéramos dedicar una para curar el analfabetismo de los que no saben leer. Y otra para desterrar, con las lecturas y comentarios del Maestro, el aislamiento y la vieja ignorancia de los que no leen por holgazanería punible. Las lecturas deben tender a esa unificación espiritual de todos los españoles, que antes decíamos, y a llevar a las gentes rurales inquietud, ansia de más, anhelo de superación.

Hay que enseñarles que los grandes hombres, pese a la doctrina de Ostwald, pese a su libro desconsolador para las gentes humildes, *Les grands hommes*, salen también de los lechos inferiores de la sociedad.

No olvidemos que Faraday era hijo de un pobre herrero; que Stephenson fué pastor; que Laplace era hijo de un aldeano; que Euler pasó miseria; que Lavoisier vivió en la pobreza; que Michelet fué hijo de un modesto impresor; que Sanz del Río era hijo de un humilde labriego, igual que Costa, igual que Dorado Montero. Camoens vivió de limosnas; nuestro inmenso Cajal fué aprendiz de zapatero. Muchos espíritus cimeros tuvieron origen humilde: Linneo, Lincoln, Cook, Plauto, Terencio. Mil más.

Y hace falta hacerlo aprender a aquellas gentes. No pueden imaginar que en aquella misma aldea, entre ellos mismos, entre aquellos niños sin labrar, puede estar ignorada la llama del genio.

Hay que derribar ese mito que pinta al talento como una cosa de aristocracia lejana. Invitemos con nuestras lecturas a descubrirlo y a cultivarlo... Hay en las aldeas muchas perlas que se pierden sin ser vistas ni aprovechadas.

LILLO RODELGO.

## TRATADO ELEMENTAL DE ALGEBRA

POR

VICTORIANO F. ASCARZA

Libro redactado expresamente para los aspirantes al Magisterio y para los opositores a Escuelas

Ejemplar, 5,00 pesetas.—Pídase en todas las librerías

# LA DEL ALBA SERIA . . .

## CII

Llueve. El agua cae abundante y es recibida con agrado por la tierra, que la esperaba sedienta. Los campos han avivado sus tonos, correspondiendo a la caricia que del cielo les llega. Llueve, y caladas nuestras ropas, cansados, seguimos el hilo de una senda borrosa para salvar la cuesta y lograr arriba un reparo a nuestras fuerzas, a la vista como estamos de la aldea.

Allá en lo más alto, la Escuela, como una nota alba. Diríase, por su posición, que luce el empeño de emprender un vuelo para subir más y más...

\* \* \*

Llueve. El agua trae un favor a la vida toda. Es salud, y fecundidad, y riqueza. El deseo del agricultor, deseo de uno y de otro día mirando suplicante al espacio, se ve compensado con esta lluvia de hoy, que es regalo de pan y de contento. Pan y contento que se completan, que no pueden hallarse uno sin el otro. Llueve, y de las nubes plomizas y densas baja la canción refrescante y bendita que viste de verdes los predios. Y el agua, como un motivo del bien, tiene el poder de un consuelo; el agua, que

transforma el suelo, y remoja la vegetación, y forja a su antojo paisajes y caprichos. Escuchad la lluvia y oiréis un coloquio triste y alegre: el agua y el calor, confundidos, en viaje de amor se fueron y subieron a las alturas; se malogró el calor en aquellas regiones, y el agua, apenada, se produce en llanto... Llueve. Es el idilio roto.

La cuesta es penosa, y nos mojamos. No importa, si el momento nos trae este ensueño. Allá en la cumbre se divisa la Escuela, blanca, como mensajera de la bondad. De la Escuela también llega, a los que la quieren, la lluvia de las ideas. Miramos la Escuela, como la miramos siempre, con el anhelo de que sea un orgullo; y vamos en su busca como si por ella mereciera nuestra alma los mejores goces. La Escuela. Lluvia de pensamientos para que el saber crezca y para que el saber cure de la incultura al pueblo; agua milagrera que traerá el encanto de costumbres más cuerdas.

Llueve, y el labrantío se esponja para dar después, en rendimiento, ciento por uno. Viene de arriba el regalo, como de arriba es la luz y arriba está la esperanza...

J. SALVADOR ARTIGA.

Alicante, noviembre de 1926.

## PROBLEMA

De la libreta de un alumno de la Escuela de adultos.

¿Cuánto estiércol se necesitará para abonar una finca que da 300 litros de centeno?

Según los datos copiados ayer en la libreta, resulta que cada 100 litros de grano de centeno necesitan de fósforo 1,400 kilogramos; de potasa, 2,200, y de nitrógeno, 2,800. Esto es para 100 kilogramos de grano, y para 300, tres veces más, de modo que será: de fósforo, 4,200; de potasa, 6,600, y de nitrógeno, 8,800 kilogramos. Y como los 100 kilogramos de estiércol tienen 0,200 kilogramos de fósforo, 0,550 de potasa, y de nitrógeno 0,520, si los 100 kilogramos de estiércol tienen 0,200 kg. de fósforo, para un kilogramo de fósforo hacen falta de estiércol 0,200 veces menos:  $100 : 0,200 = 500$  kilogramos, y esto es para un kilogramo de fósforo, y para 4,200 kg., 4,200 veces más:

$500 \times 4,200 = 2,100$  kilogramos de estiércol.

Si hacemos la misma operación con la potasa y con el nitrógeno, obtendremos la misma cantidad que con el fósforo, mejor dicho, basta con menos, y como en el campo siempre hay pérdidas en el abono, se suele doblar la cantidad, y si antes eran 2.100 kilogramos, ahora serán 4.200 kg. de estiércol, y estos 4.200 kg. serán unos seis o siete carros del país, que era lo que antes decía un compañero mío, que le calculó a la finca 300 litros. Esto parece muy caro, porque cuesta mucho el abono y da poco centeno; pero resulta que, al abonar para el centeno, queda la finca abonada para el año siguiente para maíz o hierba, o lo que sea.

Fornelos, 24 de noviembre de 1926.

José Pino Estévez, alumno de la clase de adultos de la Escuela nacional de niños de Fornelos, Salvatierra (Pontevedra).—Es copia: El Maestro, Francisco Piñeiro.



# CONCURSO DE ARTICULOS PEDAGOGICOS DE EL MAGISTERIO ESPAÑOL

## TEMA LIBRE

LEMA: *Misiones.*

«El concepto de la Escuela en la aldea y en la ciudad. Beneficios que a este respecto pueden hacer las misiones pedagógicas.»

La Escuela actual es generalmente incomprendida. Lo que debe ser la Escuela futura sólo entra en el bagaje cultural de los predestinados.

¿Habéis sentido de cerca la vida rural? ¿Ha latido vuestro corazón ante el paisaje moral pueblerino? ¿Habéis escuchado sus ansias, sus inquietudes, sus esperanzas? Más tarde, ¿tuvisteis ocasión de ahondar en la vida frívola de la ciudad? ¿Levantasteis el velo que cubre, con apariencias de tradición, las miserias de la ciudad moderna? ¿Llegasteis, buceando, hasta el fondo, con la ilusión de encontrar algo en su alma? ¿Rompisteis ese exterior convencional, acomodaticio y estéril, para auscultar los latidos de su inteligencia y su voluntad?

Para los que pongan su mirada azul en la Escuela renovada, primer peldaño de la escala que ha de conducirnos a un futuro próspero... ¡qué tristeza, qué desaliento, qué adyección!

\* \* \*

La aldea gris, la aldea pobre tabla rasa, es todo miseria, miseria material y espiritual. Y sólo se fecundiza por verse un día libre de las garras de la primera. La tierra parda y ocre, que los aldeanos acarician con esmero, es siempre ingrata; no les multiplica el fruto en proporción a sus anhelos y necesidades. Siempre se queda corta. Y ellos, los aldeanos, hombres, mujeres y niños, no saben de otra vida ni de otras inquietudes; están pegados a la tierra y sienten más ansias de adherirse a ella, creyendo que su contacto habrá de producirles mayores bienes. Y todos los días son para ellos de igual esperanza; es una esperanza en culto, en adoración, casi en idolatría... Y una vez oyeron decir al cura y al Maestro que la Escuela mejoraría su vida, que la Escuela calmaría sus ansias... ¡Qué fatuos son el Maestro y el cura! Ellos sabían muy bien que el tío

Fulano no necesitó ir a la Escuela para enriquecerse. Comprendían, sí, que la Escuela enseñaba a leer y a escribir y a hacer cuentas..., y que yendo a ella podían enterarse de lo que dicen los *papeles* que vienen de la ciudad, y podían escribir una carta al hijo que estaba mozo... ¡Pero nada más! Y ellos no querían saber nada de los *papeles* ni de la ciudad. La ciudad era su ruina, era la causa de no poder levantar nunca cabeza. De la



Don Francisco de P. Belbel Guerrero.

ciudad no venían más que a cobrar los impuestos, que exhaustaban su bolsillo esquilado. De la ciudad venían a llevarse a sus hijos cuando más falta les hacían, cuando eran el sostén de la familia... ¿Qué otra cosa podía darles la Escuela? Y aunque el Maestro hablaba siempre la misma súplica y la misma promesa, ellos sabían muy bien que lo haría por propio interés. Y si el cura le ayudaba, es porque se habían puesto de acuerdo para beneficiarse mutuamente. Sí, era cierto, que los mozos que venían de la ciudad también les echaban en cara que los rapaces no fueran a la Escuela, pero la naciente inquietud que sentían pronto se les ahuyentaba del alma; ¡si sabrían bien el secretario y el estanquero que en la Escuela perdían el tiempo los muchachos y aprendían lo que no era menester! Ellos los mandaban por no dejarlos vagar en la calle. ¡Al fin y al cabo estaban recogidos!

La ciudad multicolor, policroma... La ciudad enjalbegada al exterior con tonos de bienestar y holgura; los complejos aspectos de su vitalidad, que crece cada día; la pátina de modernidad y civilización con que se ve adornada por las fugaces herrumbres que el curso del tiempo va lentamente dejando en ella... ¡cuánto egoísmo esconden, cuánta frivolidad!

La ciudad ama sus tradiciones; tradiciones que dicen sus monumentos, sus escrituras y sus leyendas. La ciudad ama también su vivir moderno, este vivir con trenes de grandeza. Y sin excluir aquéllas, que quiere conservar como ejecutoria de su personalidad, se aferra con ansia, que dice el egoísmo, para no perder la conquista presente.

Pero la ciudad va careciendo de alma. Va prestando tantas comodidades al cuerpo, va satisfaciendo tantas concupiscencias, que no quedan preocupaciones para el espíritu. La ciudad se adorna con una cultura exterior; la ciudad busca, en oposición a la aldea, que las nacientes generaciones se adiestren en el vivir moderno. Quieren un progreso a su modo, un progreso montado en auto. Por eso es la Escuela en la ciudad una institución necesaria. Los padres saben que no deben disponer de sus hijos durante la edad escolar. Y encargan a las madres que les acompañen a visitar al Maestro, que los lleven al Colegio.

Y en el multiforme pensar y sentir de los grupos sociales que constituyen la ciudad, hay diversos idealismos, al enfrentarse cada uno con la Escuela. Por eso no es de extrañar las rutas diversas que desean señalar al Maestro, que pretenden imprimir al gobierno de sus hijos. Hay padres que miran la Escuela sólo por el lujo exterior de ésta, como por la competencia de honorarios que les cueste. Otros la creen un almacén donde se entra desnudo y debe salirse vestido, pero con el traje que a cada uno le convenga. Otros desean que les sirva para adquirir unas enseñanzas limitadas, que la sociedad actual considera suficientes para iniciar la lucha por la vida; pero ha de hacerse esta adquisición rápidamente, sobre la marcha. Y hay quien sólo ve en la Escuela un cómodo encierro para sus hijos, sin finalidad ulterior; y es para ellos mejor Escuela aquella que más tiempo los retiene...

¡Pobres y limitados conceptos! La Escuela española no ha sabido o no ha podido ganar otros. En la aldea y en la ciudad, bien que de distinto modo, se desconoce el papel de la Escuela, se ignora su valor positivo.

Y cuando caballero del ideal se presenta ante los pueblos y las ciudades algún sembrador generoso que lleva semilla seleccionada, y dice de las rutas que el control pedagógico moderno desea imprimir a la Escuela nueva, la del viejo aforismo de Juvenal, la Escuela de las actividades, la que proporciona salud al cuerpo, vigor a la raza, equilibrio mental, destellos a la inteligencia, disciplina a la voluntad y abre todas las válvulas del amor que caben en el corazón humano; cuando misionero del ideal se presenta a los hombres esta nueva doctrina... ¡cómo prende en sus almas, cómo las cautiva y cómo deja en ellas una levadura de emoción...!

Pero es un relámpago fugaz, es una chispa que se disipa y no prende.

\*\*\*

He aquí una labor de las misiones pedagógicas. He aquí la propaganda que deben llevar encomendada. La aldea, el pueblo y la ciudad desconocen la recia estructura que debe imprimirse a la Escuela primaria, y no puede hacerse mayor labor cultural que induciendo las voluntades hacia el ideal que representa esa Escuela renovada.

Error grande padece el Magisterio de España. Error grande sufren sus Asociaciones. Aquél, encerrado en su egoísmo individual; éstas, tambaleando su existencia; alrededor todos de pequeñeces y minucias; malgastando su vivir en controversias y luchas que, cuando no denigran, les aleja del único ideal que deben sostener: el amor a la infancia, el amor a la Escuela. Así han perdido prestigio y voluntades. Han venido creyendo que todos los caminos eran buenos para conseguirlo... Y no había más que una ruta: Renovar la función, con amor, esperanzas y deseos. Y aunque no estaba en sus manos conseguirlo, buscaba el milagro que había de venir de las alturas.

Ruta equivocada. El milagro sólo puede hacerlo el pueblo, cuando el pueblo sepa lo que le conviene.

Por eso, las misiones pedagógicas son el único medio. Las misiones pedagógicas, que son una siembra copiosa de ideas, de inquietudes, de emociones: nuevo lábaro de Constantino que, paseando sus insignias por montes, valles y llanuras, lleve la fe a las multitudes: que la fe es la virtud que hace prosélitos.

Salga de la ciudad para la aldea la nueva comitiva; no la que esquilma el bolsillo del misero labriego, ni la que arranca los mozos que remueven la tierra con vigor. Sino la

que lleve a la aldea, con ráfagas de paz, semillas de cultura, estímulos de amor. Y los aldeanos oirán la nueva doctrina, no de cosas abstractas y sugestivas, que no tienen sentido para ellos, sino de algo objetivo y concreto, cuya utilidad y conveniencia se les alcanzará. Y la nueva doctrina va a tener por templo la Escuela, que redimirá sus vidas, que arrancará sus odios, que plantará amores en sus almas. Y las rudas concepciones que viven en su espíritu mostrarán tonos más suaves que las humanicen...

Salga de una ciudad a otra ciudad la nueva comitiva; no la que es portadora de frívolas ideas, de banalidades y corruptelas que halagan las pasiones y sostienen los vicios, sino la que lleve por insignia la verdad; la que fustigando en los errores, muestre las nuevas facetas de cultura; la que sin piedad moteje sus convencionalismos y esterilidades; la que toque en los sentimientos de filiación y enseñe a los padres que sus hijos tienen una vida intangible, que la infancia tiene su vida propia, con derecho a ser res-

petada, sin violaciones convencionales; la que despierte a los que cómodamente estudian la manera de vivir durmiendo; la que se enfrente con los enemigos de la Escuela futura y les diga claramente su liviandad; la que rompa las cortezas de esa cultura mundana que dice frivolidad y egoísmo, y que es en las ciudades la rémora donde se estrellan todas las intenciones nobles...

¡No, no hay otro medio! No hay mejor bagaje para conducir el futuro de una Escuela renovadora, para conquistar la felicidad a que tiene derecho esta infancia, que está falta de sugerencias y de amor, que las misiones pedagógicas. ¡Las misiones pedagógicas que prediquen con emoción y con fe el panegírico del niño! ¡Las misiones pedagógicas que digan con devoción y amor los anhelos de la Escuela!

Recordemos las primeras palabras de Cicerón a Catilina: *¿Quousque tandem?*

FRANCISCO DE P. BELBEL GUERRERO.

Baeza.

## COSAS DE NIÑOS

### ¡ESPAÑOLA!

El mapa me gustaba. Sus colores, bien combinados, y los datos, no muchos, aunque suficientes y bien escogidos, producían un conjunto claro y armónico.

Eran las letras de diferentes tamaños, según la importancia del nombre que formaban, resultando, en suma muy pedagógico.

Sólo le encontraba este defecto: la América, que por España surgió a la vida civilizada; la que España alimentó con la sangre de sus venas, la que rejuveneció su frente centenaria con el agua del bautismo, administrado por manos españolas, y la brillantó con el rayo del sol que se levantaba de las Escuelas y Universidades que iban naciendo sobre el suelo americano; «la América católica, la América española», que dijera Rubén Darío, ésa, en el mapa aquel, según rezaba el rótulo puesto en un ángulo del mismo, llevaba el nombre de «América latina».

¡América latina! ¿Por qué, siendo española? ¿Quiénes tienen empeño en atribuirse honores que no les alcanzan, hazañas en que no intervinieron, glorias que no conquistaron?

El nombre no hace la cosa, dirá alguno.

Cierto. Mas todos sabemos la importancia que en muchas cosas tienen los nombres.

Por algo Rapagueta se ha *cambiado* en Gabriele D'Annunzio, y por algo al influjo de estas palabras—libertad, entre otras—se ha agitado la Humanidad en diversas épocas, llevando a cabo las más sublimes heroicidades o los crímenes más espantosos.

¿Sabe nadie el poder que encierran palabras como fe, libertad, honor, patriotismo?...

La palabra «¡tierra!», de Rodrigo de Triana, hace brotar de la estepa de Castilla, de las dehesas extremeñas y de las campiñas andaluzas una legión de aventureros y navegantes que se lanzan a la conquista de lo desconocido, a realizar lo imposible.

Sí. Una palabra es mucho: es un lazo, un símbolo, un sello de autenticidad.

Siguiendo las enseñanzas de un sabio Maestro, a quien nunca llorará bastante la Pedagogía española, procuro grabar en la mente de mis alumnos unas cuantas «ideas madres, paridoras de grandes hechos».

Fiesta de América y de España es una de ellas. Por esa razón, mis niños acostumbran a celebrar la llamada Fiesta de la Raza no un día sólo, sino una semana: la Semana de la Raza.

Un día se dedica a los que intervinieron, más o menos directamente, en el descubrimiento. Aquí los Reyes Católicos, Colón —español, mientras no se demuestre lo contrario—, Marchena, los Pinzones, el Cardenal Mendoza, Beatriz de Bobadilla, Luis de Santángel...

Otro día son los conquistadores y colonizadores: Hernán Cortés, Pizarro, Quesada y Valdivia, «los cuatro césares del Nuevo Mundo», cortejados con Alvarado, Orellana y Balboa, por no citar sino algunos de aquella legión de héroes que parecen fabulosos...

En otra ocasión van los niños señalando en un mapa de América las poblaciones americanas homónimas de otras españolas, y así suenan los nombres de Laredo, Valladolid (hoy Morelia), Guadalajara, Mérida y Cartagena, Valencia y Barcelona, Medellín y Trujillo, Loja, Cuenca, Jaén, Santiago, Santa Fe, Córdoba...

Otra vez son los nombres de ríos y montañas, entre los que predominan nombres de santos, y que son como imborrables huellas que señalan el paso, por las selvas y las cumbres, de aquel pueblo teólogo y guerrero, todo en una pieza, que personificarse puede en un Cisneros, si queremos que vista sayal de franciscano, o en un Carlos I, si le queremos revestido de la púrpura imperial.

Los retratos y los hechos más culminantes de los libertadores—Bolívar y Saavedra Hidalgo, San Martín y Morelos, Sucre y Rivadavia, Belgrano y Artigas, Carrera, Itúrbide, Moreno, Bravo y Henríquez, entre otros—, con todo el prestigio de sus laureles de guerreros o de estadistas y la eufonía de sus apellidos, castizamente españoles, van ganando la admiración cariñosa de los escolares.

¿Y cómo no? Esos patricios hispanoamericanos, cuando gritaban «¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva Fernando VII!», o bien «¡Mueran Napoleón y los afrancesados!», ahogaban los gritos de descontento de las masas populares, menos conscientes, formulados con aquello de «chapetones» y «gachupines».

¡Qué complejo era el espíritu de América en aquella época! Se amaba a España, pero ellos eran... ¡criollos!...; eran hijos que aspiraban a constituir un hogar aparte; eran los «cachorros» *suelos* del león español», si lo decimos con palabras de un americano.

Cuando, para probar el sentir genuino de la raza, tocó el turno al hermosísimo soneto del genial filólogo Bello, soneto que termina con el rotundo endecasílabo «¡No insultéis al

monarca de las fieras!», y que brotó de su lira al saber la victoria de Bailén, las manos de los niños no se cansaban de aplaudir.

¿Quién ha dicho que los niños no entienden ciertas palabras y conceptos? El corazón es, a veces, más listo que la cabeza. Y el niño es, más que nada, corazón. ¿No se llamará por eso *Corazón* el mejor libro que para los niños se ha escrito?

Durante esta semana, que hemos llamado de la Raza, los niños leen diarios americanos, algunos con sus 32 páginas; hojean alguna revista de igual procedencia, copian alguna composición de autor americano, de tal modo que todo en la Escuela, los ejemplos, el dictado, hasta los chistes (quizás algún estirado pedagogo pondrá cara *fosca* al saberlo), todo, decimos, se encamina a lo mismo, esto es, a inculcar en el ánimo de los niños la idea de España como descubridora, civilizadora y madre de naciones.

Por eso, aquel mapa que aludí al principio no me gustaba, y por eso se abrió un concurso para que, en unos trocitos de papel de ciertas dimensiones, pusieran los niños, lo mejor que pudiesen, la palabra «española» en determinados caracteres, que ellos habían de imitar.

El que mejor estuviese recibiría un honor muy grande.

Hago gracia al lector de los comentarios que se hacían y del ardor con que se aprestaron a la lucha... del *papelito*.

Y no vale pensar en la crisis de igual nombre. Estamos en otras regiones y hablando de... cosas de niños. Dejemos lo otro para los hombres de más o menos talla.

Llegado el día, escogido el *papelito* vencedor y colocados los niños alrededor del mapa, puesto en el suelo para orientarlo convenientemente, procedimos a celebrar la Fiesta de la Raza a nuestro modo.

Y no sé por qué me acordé entonces del acto de descubrir una lápida, dando a una calle el nombre de un político, con su cortejo de chisteras, uniformes, músicas y discursos.

No era el nuestro acto de menos importancia, y el tema, para hacer un discurso de tonos ditirámicos era que ni pintado: Colón, las carabelas, el descubrimiento, la conquista y colonización, la madre, las hijas, el cóndor de los Andes, el león ibérico...

Pero el auditorio estaba formado por niños, y allí venía como anillo al dedo aquel dicho de Manjón: «Educa más un hecho que cien discursos».

Además, eso está reservado a las Acade-

mias y fiestas oficiales. Nosotros sólo podríamos hacer, si acaso, una *niñería*.

Y así, comentando lo que ellos presentaban en sus notas y apuntes de los días anteriores, sin olvidar que «se enseña mejor dialogando que disertando», hablamos unos minutos de España y América, la *¡suya!*, y celebramos la Fiesta de la Raza, terminando de este o parécido modo:

—Ahora, para terminar, contestadme con un *sí* o con un *no*, seco, a esta pregunta: ¿Debe decirse América latina?

Y se oyó un *¡no!* rotundo y armonioso que a mí me pareció ser la voz de un continente, la voz que rompe eternamente «la sordera de los siglos», evocando las proezas

resonantes de la *Iliada*, la voz de los misioneros, de los conquistadores y colonizadores, que desde su tumba hablaban por boca de mis niños.

—¿Cómo debe decirse, pues?

—¡Española!!

—Española, eso es, que así lo piden la raza, la lengua, y la justicia y la verdad históricas.

Un niño, el más pequeño de la clase, con sus manos temblorosas pegó el trocito de papel junto a la palabra «América». El mote de *latina* fué sustituido por el *apellido* legal de «española». Y ya, el mapa aquel me gusta más, mucho más.

J. ANGUITA VALDIVIA.

## DESDE NUEVA YORK

# LA PUBLICIDAD UNIVERSITARIA

La actividad, la múltiple actuación, el bullicio, la sensación de movimiento en grande escala, son otras tantas características de la vida americana. No actuar, no moverse sería señal de decadencia o muerte, y eso aquí no se perdona, se rechaza con energía. La juventud se paga, y cuando no se tiene, el arte y los afeites se encargan de simularla. Sin juventud no se triunfa.

La Universidad es el «alma máter» de la juventud estudiosa y anhelante de triunfo, y por ello ha de moverse, ha de propagar su energía. No tiene descanso; las vacaciones podrían parecer un alto; pero no es así. Como el año escolar se compone de tres cursos o secciones: invierno, primavera y verano, el que quiera descansar puede hacerlo en la época del año que más le convenga; mas la vida de la Universidad no para, no puede parar, siempre está en su misión de enseñar o de propagar. Unos días que después del verano suspende sus clases, abre sus puertas y recursos a la propaganda de sí misma, como lo pudiera hacer una gran empresa industrial: prensa, anuncios, reclamos, etcétera... Y es que en esto, al fin y al cabo, ha de ser empresa, y como tal ha de prevenir su éxito. Ni la sostiene el Estado ni éste garantiza su existencia. Ha de vivir exclusivamente de sus medios de ingreso, y el día en que le falten la Universidad cerrará sus

puertas. Tampoco puede fundar su vida en el monopolio en el presente ni en las glorias del pasado. Contra aquél se levanta otra enfrente haciendo la competencia; contra sus sueños del pretérito, otras le responden con la eficiencia actual.

Y es curioso ver esta propaganda, realizada por todo el personal docente y discente; de un lado se proclama la bondad y utilidad de las clases; de otro, el encanto de la vida universitaria, con sus clubs, deportes y cuantas atracciones pueden imaginarse. Los anuncios, los folletos explicativos se reparten por las calles como cualesquiera otros. Los periódicos anuncian no sólo la Universidad, sino también tal o cual estudio independiente, como pudiera hacer en España una academia preparatoria de oposiciones.

La convocatoria o anuncio general de los cursos se suele dividir en tantos folletos como Facultades comprende. El de uno de éstas, que es más bien un libro, y no pequeño, el de educación, comprende 236 páginas en 4.º mayor y con letra diminuta, 30 de las cuales se dedican sólo a anunciar los profesores y auxiliares, juntamente con la enumeración de los títulos profesionales que poseen y dónde y cuándo los obtuvieron. En total, pasan de 300 profesores sólo en esta Facultad. Siguen unas páginas dedicadas a las condiciones generales de matrícula y obtención

de títulos, y a continuación el anuncio de los ¡¡675!! diferentes cursos que serán dados durante el entrante año. Con cada uno de ellos va una breve explicación acerca de su objeto y contenido, cosa del todo necesaria, ya que se puede ser alumno de cualquiera de ellos sin seguir previamente otros cursos, y aunque no se aspire a conseguir título alguno, bien porque se tenga o porque no se quiera. De aquí que se puede ser estudiante de la Universidad, y con ello disfrutar de las ventajas que reporta, mientras se viva. Estudiantes de algunos cursos son profesores de otros, principalmente en la sesión de verano.

El capítulo sobre el pago de matrículas no puede ser más americano. No todas las asignaturas cuestan lo mismo, ni se paga por la categoría de las mismas o de los profesores, sino por el número de horas de trabajo que dé cada una. Todas tienen un crédito de equis puntos, cada uno de los cuales supone una hora de clase o dos de laboratorio o trabajos prácticos a la semana; es decir, quince o treinta horas, respectivamente, en cada sesión, y cuyo coste es de diez dólares. Si hacemos el cómputo por pesetas y por cuantas horas de clase tenemos en nuestras carreras en España, tendremos una idea de lo que cuestan los estudios en Norteamérica. Conste que siguen las mismas normas en esta Universidad para los cursos del Ba-

chillerato, Comercio o Magisterio, que para el doctorado en Filosofía o Letras. Es, por tanto, muy caro el estudiar en este país. Unas cuantas fundaciones ayudan a hacer accesibles los estudios a los que carecen de fortuna, o bien éstos trabajan fuera o dentro de la Universidad para sostener sus gastos. No es raro, ni mucho menos, ver varios estudiantes sirviendo en las horas de las comidas a sus compañeros, sin que por eso sufran menoscabo alguno. Agencia de colocaciones compatibles con los estudios, también se anuncian en los folletos de que estamos hablando, los cuales cierran sus páginas con el calendario escolar, quizá para concluir con todo género de dudas sobre la asistencia y posibles anticipaciones y consecuencias.

Estos folletos o libros, como los demás anuncios y reclamos, se reparten profusamente por toda la población y fuera de la misma, y no cabe duda que surten sus efectos al poder reunir 22.000 alumnos como en el curso anterior, y eso que la Universidad de Columbia, de que estamos hablando, tiene otras dos formidables rivales en la misma ciudad, Nueva York, y otras muchas no muy lejanas. La matrícula de tanto estudiante es algo extraordinario y de gran interés por su originalidad.

EDUARDO CANTO.

Nueva York, noviembre de 1926.

## LIBROS Y REVISTAS

Bello, Luis.—*Viaje por las Escuelas de España*.

Colección de artículos publicados en el diario *El Sol*. Un tomo en rústica.

Madrid, 1926. EL MAGISTERIO ESPAÑOL, editor.

Con una prosa flúida, cantarina, sin recargar las tintas negras de los cuadros vistos, diciendo la verdad y dejando entrever el detalle horrible, con un cariño desbordante hacia la Escuela, el Niño y el Maestro, el autor ha sacado a luz, ante la conciencia de España, las vergüenzas con que se desenvuelve nuestra Escuela nacional.

¿Vergüenzas dije? Sí, ¿Es que no lo son los locales malolientes, incapaces, sin luz, sin ventilación, sin sol, sin belleza que en tantas partes del patrio solar cobijan las Escuelas de primeras letras? ¿Dejará de serlo el hacinamiento de más de un centenar de niños,

inmenso rebaño—esa es la palabra más adecuada—al cuidado del pastor llamado Maestro? ¿Y no lo serán menos el desvencijado y pobre material de trabajo, las viviendas indecentes de muchos educadores, la indiferencia del pueblo hacia la Escuela, cuando no su inquina, etc.? Vergüenzas, sí, repito.

Bien merece de España el escritor que expone la verdad de la Escuela nacional para que sea corregida en sus lacras y defectos. Y más lo merece si, como Bello, es escritor de fama, con firma celebrada y leída, y presenta sus cuadros de pueblos y Escuelas ante el gran público y desde las columnas de un diario de enorme difusión.

JOSÉ MARÍA AZPEURRUTIA.

*Nota*.—Este libro no lo prestaré a ningún compañero. Todo Maestro español tiene en conciencia obligación de adquirirlo.

(De *El Defensor de la Maestra*, Vitoria.)

*La pequeña industria al alcance de todos*, por J. Poch Noguer. Consta de tres tomos en 12° (tomo I, tercera edición. II, tercera edición, y III, segunda edición).

Grande y constante es el éxito de esta obra, en la que se enseña a fabricar en propia casa, sin necesidad de aparatos ni conocimientos especiales, toda clase de polvos, cremas, brillantinas, colorantes, perfumes, dentríficos, barnices, quitamanchas, tintes, tintas, insecticidas, antisépticos, jabones, bebidas, aguas medicinales, fuegos artificiales... «más de mil cosas útiles a todos», obteniendo «economía» si se fabrica para uso particular, y «utilidad» si se comercia con lo que se fabrica, pues todos estos artículos son de fácil y constante venta, y la ganancia que dejan es muy grande. De muchos ha sido la base de su fortuna.

Cada tomo se vende suelto a 4 pesetas rústica y 5,50 encuadernado (por correo 50 céntimos más). EL MAGISTERIO ESPAÑOL, calle de Quevedo, 7, Madrid, sirve los pedidos por correo contra su importe por giro postal o en sellos de correos (no mayores de una peseta).

*Memoria* que para dar cuenta de la labor realizada por el Patronato de Protección escolar, durante el segundo ejercicio, que ha tenido a su cargo las Cantinas escolares, presenta al señor alcalde de Bilbao el secretario general de la institución.

En una Memoria muy interesante por su texto minucioso, por sus muchos grabados, por los cuadros estadísticos, que hacen ver inmediatamente la grande importancia de la obra.

Folleto publicado por el ilustre Ayuntamiento de Baracaldo (Vizcaya), con motivo de la fiesta homenaje al Maestro. Así reza la cubierta de un folleto de 24 páginas, que contiene trabajos literarios de los señores D. Tomás G. de la Maza; P. Constantino Malumbres, agustino; D. J. de Zuazagoitia; P. R. Vilariño, y recortes de los señores Cotarelo y otros, todos en elogio de la labor del Maestro bueno y en su alabanza. Es idea digna de aplauso.

*Memoria* del Ministro de Instrucción y Salubridad públicas al Congreso de 1926. Bogotá.

En un volumen de 250 páginas, con datos minuciosos sobre instrucción pública y salubridad en la República de Colombia, con texto, disposiciones oficiales y cuadros anejos.

*Memoria de la situación y gestión de la Caja Postal de Ahorros*, presentada por el Administrador general al Consejo de Administración; 31 de diciembre 1925.

Es un trabajo minucioso y completo. En él se trata con toda claridad y con abundantes y preciosos datos del VI Certamen nacional del Ahorro, extensión del servicio, personal y registro, imposiciones y reintegros por su importe y por profesiones de titulares, imposiciones de retiros obreros y sus reintegros, sellos de ahorro, valores del Estado adquiridos, balance de la situación, etcétera.

La Memoria hace honor a la Administración general.

*Heredarse a sí mismo*. Apropósito en un acto, original de Antonio Maya Navarro, Maestro nacional.

Está escrito expresamente por su autor para la Fiesta del Ahorro, y estrenado en el teatro Pastor Rubira, de Calasparra, el 27 de septiembre de 1924.

*La reforma postal*.—Hemos recibido este folleto, que el Cuerpo de Correos ha editado como homenaje de gratitud a el diario de esta corte *El Sol* por su campaña en favor del servicio de correos.

*La Mujer en su Casa*.—Hemos recibido el número de noviembre de la interesantísima revista de labores, ropa blanca, trabajos artísticos, modas, economía doméstica, etc., titulada *La Mujer en su Casa*, que continúa siendo la única revista útil y práctica «que sirve para algo».

Suscríbese a *La Mujer en su Casa*, revista declarada por Real orden útil para servir de texto en las Escuelas. Mande hoy mismo 10 pesetas en sellos de correos o giro postal a EL MAGISTERIO ESPAÑOL, calle de Quevedo, número 7, Madrid, y la suscribirán por doce meses.

# LA CANCIÓN REGIONAL EN LA ESCUELA

ALALAA, DE LONIA (ORENSE), ARMONIZADO  
CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO POR

FELIPE L. COLMENAR

*Moderato*

Ma-dre-queri - da amor m-o doñde estas que no te ve - o

me matan las so - le - da - des y no-che y di a en ti pien - so

y no-che y di a en ti pienso. Ay la la la ay la la la —

*rit. molto*

NOTAS. — 1.<sup>a</sup> La letra auténtica de esta canción dice: *Meu amor, meu amorño, — ond'estas que non te vexo; — morrome de soedades — e día e noi't en ti penso.*  
2.<sup>a</sup> Estas y otras melodías gallegas han sido remitidas por D. Daniel González, Maestro nacional y director del Coro Gallego orensano «De Ruada».